

Vengada de Ajarquía
 Al tremolar las cruces en Granada,
 Ella el pendón glorioso te confía
 Á que tras mar bravía
 Tierras sin linde á su dominio añada.

Y el viejo Monasterio
 Te hospedará cuando el laurel te asombre,
 Llevando á España un mundo por imperio,
 Al orbe su hemisferio
 Y á los siglos la gloria de tu nombre.



RAFAEL CELEDÓN

Nació en San Juan de Cesar, Departamento del Magdalena, el 3 de septiembre de 1833. Se educó en Bogotá en la Escuela Militar y el Colegio del Rosario. Desterrado de Colombia por causas políticas, se fué á Lima, y de regreso á Panamá, se ordenó allí de sacerdote. Ha trabajado siempre con empeño en la educación é instrucción de la juventud, y con el fin de facilitar la catequización de indígenas ha hecho estudios especiales sobre los diversos dialectos que se hablan en la Goajira y escrito una *Gramática de la lengua Kōggaba*. Escribió un poema de largo aliento titulado *Pío IX y el Concilio Vaticano*, del cual damos una muestra. El Ilustrísimo señor D. Rafael Celedón es hoy miembro del muy digno episcopado colombiano, como Obispo de la Diócesis de Santa Marta.

PÍO IX Y EL CONCILIO VATICANO

En nombre del Señor. Estéme atento
 El pueblo, su heredad, á quien ya asoma
 Aurora de salud. Y tú mi acento,
 ¡ Oh del amor simbólica paloma,
 Anima, esfuerzo con divino aliento !
 Canto al héroe pacífico de Roma,
 Al cautivo que triunfa con la espada
 De la verdad en el amor templada.

(FRAGMENTO DEL CANTO UNDÉCIMO)

I

Abrióse ya el Concilio que ideara
 El pontífice rey. Desde alto asiento
 Él mismo lo preside. Móvil ara,
 Como esperando el Sacrificio incruento
 De la única víctima á Dios cara,
 Vese en medio al florido pavimento
 Del conciliar recinto, y á sus flancos,
 Para sentarse los prelados, bancos.

II

Bancos son, no curules. ¿ Temerario
 Quien se atreviera á descansar, delante
 Del pontífice rey, de Dios vicario,
 Sobre brazos las palmas ? Dulce, amante
 La entrada coronando del santuario
 Se alza la Virgen : á sus pies menguante
 Luna esplende, y la sierpe retorcida
 Yace, en combate singular vencida.

III

Septenario de estrellas, de mejores
 Supremos dones símbolo, rodea
 Como guirnalda de celestes flores
 Las sienes de la Virgen galilea ;
 En el centro, entre vivos resplandores,
 Aquella sobre todas centellea
 Que libra de cismática flaqueza :
 La simbólica luz de Fortaleza.

.....

X

Puestas juntas las manos sobre el pecho,
 Que á contener el corazón amante
 Es en esta ocasión recinto estrecho,
 Y susurrante el labio, el celebrante
 Salva, del plano al ara el corto trecho,
 Con planta temerosa y vacilante ;
 Que él, tierra santa, y mucho más que aquella
 Donde la zarza ardió, sabe que huella.

XI

Ácimo pan de candeal, segado
 Ayer por pobre Ruth, y jugo mero
 Ha mucho tiempo en el lagar prensado,
 Constituyen el don, que en rito austero
 Se ofrecerá al Señor, transubstanciado
 En el cuerpo y la sangre del Cordero.
 Tal la ofrenda del Sínodo. El timiama
 Arde, y en ondas ya su olor derrama.

XII

Y la oración, lo mismo que el aroma,
 Desde el santuario de las almas, sube
 En una aspiración y en vario idioma,
 Como pidiendo que en dorada nube
 Descienda ya la mística paloma
 Y con sus alas generosa incube
 Sacros dogmas, que en germen revelados,
 Ya piden ser en forma sancionados.

XIII

Crece el fervor en todos, á medida
Que adelanta la acción del Sacrosanto
Tremendo Sacrificio. Desprendida
Más de una gota de piadoso llanto
Ha mojado la barba encanecida
De más de un viejo atleta. — ¡ SANTO, SANTO,
SANTO! tres veces dice, se enternece,
Hasta llorar, Patrizzi, y enmudece.

XIV

Recógese en sí mismo, y rememora
Las culpas todas de una vida larga,
Tomada de su ocaso hasta su aurora :
¡ Reminiscencia triste que le amarga
El corazón, y como niño llora !
Luego depone la gravosa carga
Sobre los hombros del divino Atlante
Que mira, puesto en cruz, allí delante.

XV

Y á consagrar preparábase. Temblosa
Aun más que por la edad, por el respeto,
Tiende la diestra al pan que allí reposa
En corporal magnífico ; en secreto
La fórmula profiere misteriosa
Que lo convierte en adorable objeto,
Á quien ángeles y hombres á porfía
Tributan homenaje de latría.

XVI

De hinojos se derriba, y en pie luego
Ante el Concilio prosternado, eleva
El divino maná que en vivo fuego
Inflama el corazón de quien lo prueba,
Ó que al menos lo anhela con despego
De lo que aplaude el mundo y Dios reprueba,
Con odio al pravo amor, al mal vedado,
Raíz y fruto á un tiempo del pecado.

XVII

Á manera del mágico instrumento
Que mientras cresco el mar ruge de ira
Y truenan el cielo y se desata el viento,
Fiel en la popa de la nave gira,
Y en su trémulo, ansioso movimiento
No sabe reposar hasta que mira
Al polo de atracción que le enamora :
Así tórnase el alma al Dios que adora ;

XVIII

Mirando al ara así el fervor se enciende
Y aun crece más cuando el piadoso anciano
El cáliz alza que opulento esplende
Con sangre que vendió traidora mano :
¡ La sangre que del Gólgota descende
En fecundo raudal por el humano !
¡ Cuál se exhalan en íntimos gemidos
Aquellos pechos hondamente heridos !

XIX

¡ Tú solo, oh Cristo, en cielo y tierra imperas!
 “ ¡ Sólo es grande el Señor ! ” Más que delante
 De anonadado rey, clamar pudieras
 Eso aquí, Massillón, y en este instante.
 ¡ Desde el dombo hasta el atrio las banderas
 Celestiales rendidas, la enseñante
 Iglesia prosternada; y prosternado
 Quien da á besar á reyes su calzado !

XX

¡ Sólo el Señor es grande ! Y tan pequeño
 Por nuestro amor aparecer le place
 Que siendo de los mundos rey y dueño,
 Niño ignorado en gruta humilde nace;
 Clavado expira en afrentoso leño;
 Y nótrenos, en fin, y nos rehace
 Por entre velos con su cuerpo mismo:
 ¡ Oh de infinito amor último abismo !

XXI

Sordo fragor del uno al otro lado,
 Cual hondo trueno entre llover copioso,
 Discurre por las filas prolongado:
 Es el eco del golpe generoso
 Por lo más digno en lo más noble dado,
 Pidiendo paz, perdón. Luego amoroso
 El ósculo sonó que en tierno lazo
 Se suele dar de fraternal abrazo.

XXII

Hecho de redención el sacro signo
 Carne inmortal el preste saborea,
 Y sangre liba, sangre del benigno
 Dios que en darse á los hombres se recrea;
 En amor embriágase, aunque indigno
 De tal favor en su humildad se vea;
 Y todos los presentes desearon,
 Y el manjar en espíritu gustaron.

XXIII

Meditan: bello arcángel entre tanto
 En áurea, apocalíptica redoma
 Cada plegaria, humedecida en llanto,
 Recoge con amor, y cual paloma
 Las alas tiende en el zafir, y al santo
 Trono de Dios ofrece el suave aroma;
 Mientras otro celeste mensajero
 Desciende con la gracia del Cordero.

XXIV

Y el áureo cáliz lleva á donde gimen
 Almas que vuelven la mirada al Cielo,
 Y las reliquias últimas redimen
 De absueltas culpas con acerbó duelo;
 Y ya el Consolador próximo al limen
 Sobre llama voraz suspende el vuelo,
 El bálsamo derrama, el fuego entibia;
 De las pacientes el dolor alivia.

XXV

Ya consumado el sacrificio incruento
 Festín de amor al corazón servido,
 Á la razón daráse en alimento
 La verdad que del Cielo ha descendido.
 Elocuente orador, nacido en Trento,
 En la cátedra ya cual cedro erguido,
 La palabra de Dios cual catarata
 En raudales vivíficos desata.

.....



EPIFANIO MEJÍA

(VÉASE LA PÁGINA 231 DEL TOMO I)

A MI DISTINGUIDA AMIGA
CUPERTINA TIRADO

(EN LA MUERTE DE BASILISO TIRADO)

Que me diga dó estás ¡oh madre amada!
 Ni una cruz, ni una tumba... nada, nada,
 Ni un fúnebre ciprés.

B. T.

Vamos, amiga, á la lejana cumbre
 Donde se miran de Quibdó los campos :
 Allí mi lira llorará al amigo,
 Tus negros ojos, al perdido hermano.
 Cuando la tarde moribunda brille,
 De las montañas bajaremos ambos
 Y por las calles de Quibdó entraremos
 Solos y tristes y en silencio andando.
 Á la primera de cabellos rubios
 Niña inocente que al pasar veamos,
 Le rogaremos que nos diga en dónde
 Queda del pueblo el cementerio santo.

Ella tal vez á compasión movida
 Pondrá una mano entre tu blanca mano
 Y con la otra señalando siempre
 Guiará tus lentos y mis lentos pasos.
 Cuando su dedo entre las vagas sombras
 Señale el punto que los dos buscamos,
 Mi pobre lira llorará al amigo,
 Tus negros ojos al perdido hermano.

Yo cavaré la silenciosa tumba....
 Los santos restos sacarán mis manos ; -
 Tú me verás enternecido y triste,
 Como la estatua del dolor, llorando.
 Tal vez la niña correrá gimiendo
 Y al pueblo todo le dirá con llanto,
 Que dos viajeros á llevarse han ido
 Al tierno amigo que les fué tan caro.
 El pueblo todo volará á impedirlo....
 Al pueblo todo rogaremos ambos ;
 Pero si el pueblo, el bondadoso pueblo,
 Desatendiere nuestro ruego santo....
 Al fin... al fin enternecido y triste,
 Lleno de pena exclamará : « ¡ Llevadlos ! »
 Porque tu voz inventará lamentos,
 Tu corazón inventará quebrantos,
 Mi pobre lira inventará sonidos,
 Tristes sonidos que destilen llanto.
 Sí, que mi lira llorará al amigo,
 Tus negros ojos al perdido hermano.

Adiós... diremos á tan buenas gentes,
 Adiós... diremos al lugar sagrado,

Y marcharemos al rayar la aurora
 Dejando atrás al silencioso Atrato.
 Yo con los restos de mi dulce amigo,
 De selva en selva seguiré cargado
 Como Otugámiz por oscuros bosques
 Iba los restos de René llevando.
 Con el cabello desgredado y suelto
 Y el blanco rostro humedecido en llanto,
 Triste, llorosa y suspirando siempre,
 Tú ¡ pobre hermana ! seguirás mis pasos.
 Al pie del monte y al morir la tarde
 Los deudos todos del sentido bardo,
 Fijos los ojos de tristeza llenos,
 De la montaña nos verán bajando,
 Oirán al lejos tus sentidas quejas ;
 Oirán al lejos mis acentos vagos ;
 Porque mi lira llorará al amigo,
 Tus negros ojos al perdido hermano.

Venid vosotros los que andáis dispersos
 Bardos amigos del amante bardo,
 Su joven frente coronad de flores,
 Pulsad la lira y entonadle cantos....
 Yo sólo vine á recoger los restos
 Del tierno amigo que me fué tan caro :
 Ayes daré para llorar su muerte,
 Pero no puedo levantarle un canto.
 Yo buscaré la silenciosa tumba
 Que él desde niño rebuscó llorando ;
 Y al dulce lado de la tierna madre
 El hijo tierno quedará enterrado.

Dos negras cruces clavaré en la tierra,
 Sauces llorones sembrarán mis manos
 Que cuando crezcan con su sombra cubran
 El triste lecho en que descansan ambos....
 Venid vosotros los que andáis dispersos
 Bardos amigos del amante bardo,
 Su joven frente coronad de flores,
 Pulsad las liras y entonadle cantos.



QUIERE AMANECER

(EN LA POSADA DE MALABRIGO)

Están oscuros los horizontes,
 Por el oriente fúnebre, azul
 Va despuntando la blanca aurora,
 La luz del alba, la blanca luz.

Desvanecidas nubes de perlas,
 Oro y topacio, rosa y carmín,
 Se van regando, se van regando
 Sobre otras nubes de azul turquí.

Ríos de grana, mares de fuego
 Desde la abierta bóveda azul
 Van derramando, van derramando
 Sus caprichosos campos de luz.

— Abre los ojos, esposa mía,
 Mira la aurora... ya viene el sol:
 Tanta belleza, tanta alegría,
 Dime, ¿qué es esto? — Cosas de Dios.





EL CANTO DEL ANTIOQUEÑO

Nací sobre una montaña :
Mi dulce madre me cuenta
Que el sol alumbró mi cuna
Sobre una pelada sierra.
Nací libre como el viento
De las selvas antioqueñas,
Como el condor (1) de los Andes
Que de monte en monte vuela.
Pichón de águila que nace
En el pico de una peña,
Siempre le gustan las cumbres
Donde los vientos refrescan.

Amo el sol porque anda libre
Sobre la azulada esfera,
Al huracán porque silba
Con libertad en las selvas.

El hacha que mis mayores
Me dejaron por herencia,
La quiero porque á sus golpes
Libres acentos resuenan.
Forjen déspotas, tiranos,

(1) La Academia acentúa *cóndor*, de acuerdo con el uso de Chile, el Perú y otros países : en Colombia se ha dicho siempre *condor*, tal vez sin razón.

Largas y duras cadenas
Para el esclavo que humilde
Sus pies, de rodillas, besa.
Yo, que nací altivo y libre
Sobre una sierra antioqueña,
Llevo el hierro entre las manos
Porque en el cuello me pesa....

Quando desciendo hasta el valle
Y oigo tocar la corneta,
Subo á las altas montañas
Á dar el grito de ¡ alerta !
¡ Muchachos ! les digo á todos
Los vecinos de la selva :
¡ La corneta está sonando,
Tiranos hay en la tierra !
Mis compañeros alegres
El hacha en el monte dejan
Para empuñar en sus manos
La lanza que al sol platea.
Con el morral á la espalda
Cruzamos llanos y cuevas,
Y atravesamos montañas,
Y anchos ríos y altas sierras ;
Y cuando al fin divisamos
Allá en la llanura extensa
Los toldos del enemigo
Que entre humo y gente blanquean,
Volamos como huracanes
Regados sobre la tierra,
Y ¡ ay del que espere el empuje
De nuestras lanzas revueltas !

Perdonamos al rendido,
 Porque también hay nobleza
 En los bravos corazones
 Que nutren las viejas selvas.

Cuando volvemos triunfantes,
 Las niñas de las aldeas
 Tiran coronas de flores
 Á nuestras frentes serenas.

Á la luz de alegre tarde,
 Pálida, bronceada y fresca,
 De la montaña en la cima
 Nuestras cabañas blanquean.
 Bajamos cantando al valle,
 Porque el corazón se alegra,
 Porque siempre arranca un grito
 La vista de nuestra tierra.

Es la oración : las campanas
 Con golpe pausado suenan ;
 Con el morral á la espalda
 Vamos subiendo la cuesta.
 Las brisas de las colinas
 Bajan cargadas de esencias :
 La luna brilla redonda
 Y el camino amarillea.
 Ladran alegres los perros
 Detrás de las arboledas ;
 El corazón oprimido
 De gozo, palpita y tiembla....
 Caminamos... caminamos....

Y blanquean... y blanquean....
 Y se abren con rúido
 De las cabañas las puertas.
 Lágrimas, gritos, suspiros,
 Besos y sonrisas tiernas,
 Entre apretados abrazos
 Y entre emociones revientan.

¡ Oh libertad ! que perfumas
 Las montañas de mi tierra,
 Deja que aspiren mis hijos
 Tus olorosas esencias.



JOSÉ DAVID GUARÍN

Nació en Quetame, Departamento de Cundinamarca, el 29 de Noviembre de 1830. Hizo sus estudios de literatura en el Colegio del Rosario y en el de la Compañía de Jesús en Bogotá. Fué un notable escritor de costumbres, y algunos de sus cuadros son muy populares. Como muestra de su poesía, publicamos *La Soledad*, que figura en la colección de la Academia. Murió en Bogotá.

LA SOLEDAD

¡ Salve, tranquila soledad augusta,
Dulce consuelo del que sufre y calla,
Ángel que cruzas con quietud el mundo,
Amiga del misterio y de la calma !

Á ti se acoge el pobre miserable
Y aquel que siente torturada el alma ;
Te bendice el que goza y el que sufre,
Y ambos te ofrendan, soledad, sus lágrimas.

Tú no naciste en el bullicio insano
Que entre los hombres sociedad se llama,
Ni entre la pompa de salones regios,
Donde los vicios con el oro hermanan.

Sólo se te halla en las humildes grutas
Que se entapizan con la fresca grama,
Donde destila tembladora gota
Que nace, brilla, y al caer acaba.

Entre los bosques, corpulentos árboles
Arcos te forman con sus verdes ramas,
Y vense templos en que son columnas
Los rectos troncos de robustas palmas.

Tras de los velos que la niebla extiende
Cuando la noche viene ó la mañana,
Te dan perfume las silvestres flores,
Que nadie aspira en la feraz montaña.

Es el silencio el himno misterioso
Que en tus altares en tu honor se canta,
Ó el rumor leve de arroyuelo humilde,
Ó el ronco trueno de la gran cascada.

También te arrulla suspirante brisa
Cuando á las flores con su amor engaña,
Cuando retoza con las hojas secas,
Cuando sus quejas le refiere al agua.

Todo es solemne donde tú te encuentras,
Sea en la choza ó infeliz barraca,
Ó en el palacio que ruinoso oculta
Entre la hiedra su perdida fama.

Y eres más grande, soledad, si vienes
Cuando la luna con quietud derrama
Sobre la tumba y la ciudad dormidas
Tristes reflejos de color de plata.

Quando el Vesubio conmovido arroja
De entre su seno la tremenda lava,
Y cuando herida por su luz de infierno,
Su faz la luna tras las nubes guarda.

Tú das la pompa y majestad severas
Á esos desiertos que oceanos llaman,
Donde lo grande, lo profundo, inmenso,
Deja extasiada con horror el alma.

Del Chimborazo en la nevada cima
Sólo la huella de tu pie se estampa;
La sombra á veces del condor andino,
La majestad de Dios, después... ¡ la nada !

Se agita el hombre por hallar un límite
Del ancho espacio en la región callada,
Y allá en lo vacuo, lo infinito, aéreo,
Más te contempla cuanto más avanza.

Y atrás dejando el astro que en la noche
Su luz tranquila por doquier derrama,
Allá te admira, que la sombra eres
Del Dios increado que animó la nada.

El triste amante que en ausencia llora,
Busca el desierto donde todo calla,
Y allí pronuncia el adorado nombre
Que entre su pecho con sigilo guarda;

Y en ti confía, soledad divina,
Y en tu presencia de su amor ensaya
La triste queja y sus dolientes gritos,
Vertiendo á veces quemadoras lágrimas.

¡ Cuántos secretos poseerás tú sola
De esos que ocultos á la tumba pasan,
Y cuya historia para todos muerta
Nos desgarrara de dolor el alma !

¡ Y cuántas veces lastimado en lo íntimo
Por brazo aleve que asestó á mansalva,
Como la cierva que al sentirse herida
Corre á los bosques á lamer su llaga,

Corro á ocultarme en el querido albergue
Donde mi esposa con mi hijo aguardan,
Y allí entre halagos en silencio arranco
La espina aguda que clavó la infamia !

Tú, que me escuchas los supremos ayes
Cuando la pena el corazón desgarrar,
Que sabes los secretos de mi vida,
Que oculta, triste y en silencio pasa ;

No me abandones en la tumba, amiga.
No quiero gloria. ¿ Para qué desearla?
El recuerdo sincero de los míos
Y tu sombra en mi huesa... ¡ eso me basta !



RUPERTO S. GÓMEZ

Nació en Bogotá el 13 de Mayo de 1337. Se educó en el Colegio de los jesuitas y en el del señor Francisco Ortiz Barrera. Desde los veinte años se dedicó á la enseñanza, que ha ejercido desde entonces sin interrupción de uno solo, con gran provecho para la sociedad. Ha publicado algunos útiles trabajos didácticos. En el concurso abierto por la Academia colombiana para la celebración del centenario del inmortal cantor de la *Zona tórrida*, Gómez obtuvo el primer premio y recibió una medalla de oro por su silva *Á la memoria de don Andrés Bello*.

Á LA MEMORIA DE DON ANDRÉS BELLO

EN SU CENTENARIO

Sobre los Andes, cuya enhiesta cumbre
Parece sostener del vasto cielo
La diáfana techumbre,
La aurora rasga de la noche el velo,
Y al esplendor de la naciente lumbre
El escudo depuesto y la celada,
Vese á Colombia levantarse altiva
En la región suprema,
Sobre sus hombros el undoso manto,